LOS MITOS DEL MAR EN LA GRECIA CLÁSICA: PROYECCIÓN ANTROPOLÓGICA Y CULTURAL

María Isabel Rodríguez López

(Publicado en *Revista de Arqueología*, Año XXIII, n. 260)

Los griegos de la Antigüedad clásica necesitaron de la Naturaleza para configurar su propia identidad cultural[1]; su pensamiento y sus formas de vida estuvieron determinados, en gran medida, por un sentimiento muy vivo del entorno natural en el que habitaban. Unidos a dicho entorno por lazos tan estrechos y tan auténticos, no es posible acercarse a esta portentosa civilización sin percibir el hálito imperecedero de la Naturaleza en la que surgió, ni desligar en ella los fenómenos naturales de las exteriorizaciones de índole religiosa.

Fig. 1.- Mar Mediterráneo

En este marco ideológico de tintes naturalistas, el mar jugó un papel esencial, y fue el elemento natural generador de muchos aspectos de esta civilización; Grecia es azul, como su cielo, y como el agua de los mares que la envuelven y la mecen; ya se ha dicho que Grecia es el mar, una tierra marinera por antonomasia. La complejidad natural del piélago, cuyos fenómenos tienen la capacidad de sobrecoger al ser humano, su insondable grandeza, su versatilidad, su misterio y su

1 En palabras del profesor Roche Cárcel, *los griegos necesitaron de la naturaleza para autodefinirse y, especialmente del mar, al que convirtieron igualmente en una contrafigura de la vida humana*. Cfr. ROCHE CÁRCEL, J.A., "Una aproximación sociológica y cultural al mar desde la tragedia griega" en Actas del Congreso "El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente". *Sapanu. Publicaciones en Internet* II (1998). [http: //www.labherm.filol. csic.es].

hermosura son, entre otros motivos, la justificación de que el mar fuera concebido por los griegos como morada de los dioses, espacio convertido en territorio mítico en torno al cual se forjaron multitud de creencias.

El mar fue un espacio compartido por los dioses y los hombres, la fuente misma del origen de la vida[2] y del sustento humano que la pesca y las relaciones comerciales permitían a los hombres de la Antigüedad. La vida que en el mar se encierra compartió también lugar con los peligros del abismo y su infinitud insondable, y todo ello explica que el mar fuera un espacio temido y adorado, un reino al que venerar con el mayor de los respetos posibles... Universo de dioses y mundo de hombres. (Fig. 1)

Los primeros signos de la religiosidad marinera en el ámbito mediterráneo surgieron en la llamada Civilización del Bronce Antiguo (3000-2000 a.C.), en torno a las islas Cícladas, y coincidiendo con las primeras "aventuras" marítimas de los habitantes de estas islas, cuyos barcos de alta proa llegaron hasta la costa Dálmata, Cerdeña, Baleares y el sur de Francia, lugares en los que han aparecido objetos manufacturados en las Cícladas. Las primeras representaciones de barcos (Fig. 2) conocidas hoy corresponden a la decoración grabada de las denominadas sartenes de terracota, probablemente objetos rituales en los que el mar es representado como una ininterrumpida red de espirales, de acuerdo con un criterio abstracto, pero muy intenso y expresivo.

Fig. 2.- Detalle de los frescos de Akrotiri

La isla de Creta subyugó a las Cícladas y fue el seno de una civilización eminentemente marinera, la minoica, desarrollada, como es bien sabido, gracias a las riquezas proporcionadas por los territorios de ultramar. Como no podía ser de otro modo, la religión cretense, una religión de carácter naturalista, concibió el elemento marino, como espacio sagrado. Parece bastante probable, a la luz de los datos conocidos hoy, que los marineros cretenses realizaran prácticas religiosas (con cierto sentido mágico-simbólico) y cultuales para garantizar la protección sobrenatural en el mar, y

2 *Las aguas simbolizan la suma universal de las virtualidades; son "fons et origo", el depósito de todas las posibilidades de existencia; preceden a toda forma y soportan toda creación…El simbolismo de las Aguas implica tanto la muerte como el renacer. El contacto con el agua implica siempre una regeneración…la inmersión fertiliza y multiplica el potencial de vida.* Cfr. ELIADE, M.., *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, 1981, p. 112.

para solicitar la pesca[3]. Tampoco podemos descartar que la Gran Diosa Madre adorada entonces bajo diferentes advocaciones, pudiera haber sido también adorada como Diosa del mar[4] o como una *Potnia Ichtynon*, "Señora de los Peces", como lo fuera la diosa Ártemis en época tardía. (Fig. 3) El arte minoico, dotado de naturaleza religiosa y simbólica, pone de manifiesto la importancia del mar en el marco de las creencias religiosas, siendo barcos, delfines, tritones, pulpos y otros motivos marinos, los elementos preferidos en su decoración (Fig. 4).

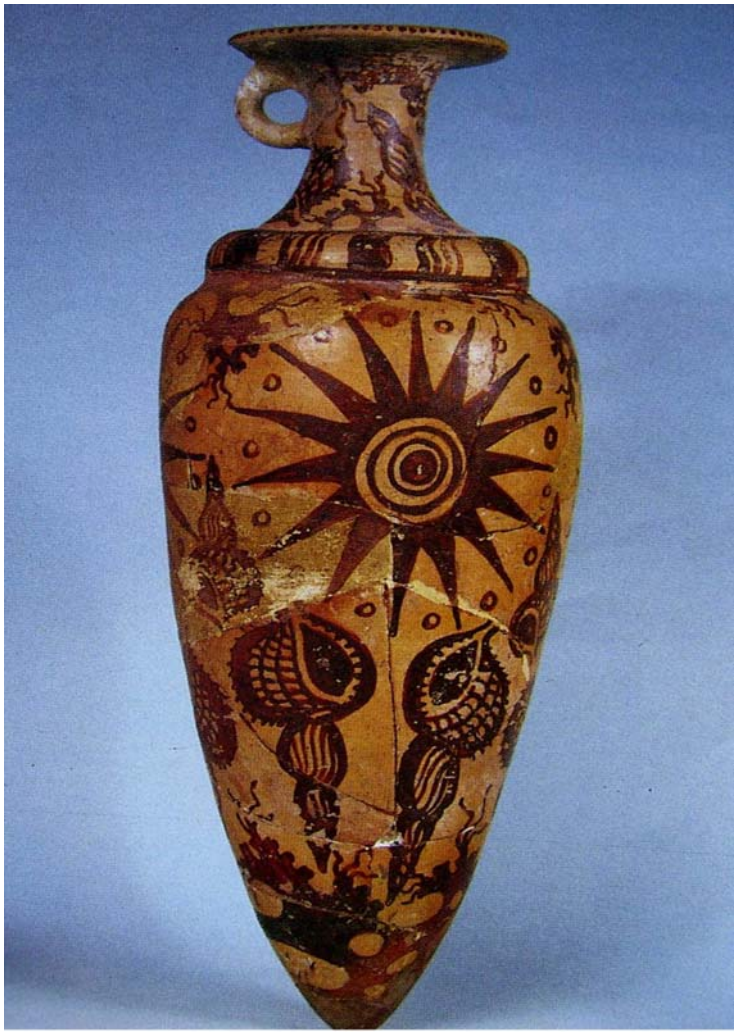

Fig. 3.- Ritón de Zakros. Minoico I B. Museo de Heraklion.

Con la llegada de los aqueos a Grecia (2000 a.C.) y su fusión con los habitantes autóctonos, la civilización griega clásica emprendía su andadura histórica por el que luego se denominó *mar de los griegos.* Éste pasó a ser, junto con el Cielo y la Tierra, elemento primordial de un universo ya ordenado en las tradiciones mitológicas. Los griegos forjaron leyendas maravillosas en relación con el mar; muchas de ellas son, probablemente, pervivencias de tradiciones ancestrales del Mediterráneo, fundidas y asimiladas a la mentalidad septentrional de los indoeuropeos, y llegadas a nosotros en forma de bellos mitos.

Tras el destronamiento de Crono y la consiguiente victoria de la generación de dioses Olímpicos acaudillados por Zeus, se procedió a la ordenación del Universo entre los tres hermanos de rango más ilustre: a Zeus le correspondió el cielo, a Poseidón el mar y a Hades el mundo subterráneo. Poseidón es un antiguo dios supremo que llegó a Grecia con las primeras invasiones de los pueblos indoeuropeos; la etimología de su nombre (*posis- das*) hace alusión a su carácter de "esposo de la tierra", dios ctónico. Originariamente, Poseidón era un dios de los caballos, un *despotes hippon*, rasgo que iba muy bien con su carácter de esposo de la tierra, y por ello, en algunos lugares fue venerado bajo apariencia equina; de esta guisa fue como el dios pudo poseer a Deméter, la diosa agrícola que para escapar a su acoso intentó, en vano, adoptar la apariencia de una yegua[5] (Fig. 5). Otra de las facetas relacionadas con este carácter primigenio del dios, es la de ser *turbador del suelo,* dios de los terremotos originados con las pezuñas de sus corceles.

3 Cfr. FAURE, P., *La vida cotidiana en la Creta minoica,* Barcelona, 1984.

4 Cfr. RODRÍGUEZ LÓPEZ, M.I., "La Gran Diosa Madre, Señora del Mediterráneo prehelénico", *Revista de Arqueología,* n.81, 1988, pp. 38-45.

5 En la violación de Demeter por Posidón se puede advertir una invasión aquea en Arcadia, lugar en el que el que la diosa era especialmente venerada con cabeza de yegua. Cfr. GRIMAL, P., *Diccionario de Mitología griega y romana,* Barcelona, 1974.

La mitología griega convirtió a Poseidón en uno de los doce dioses aceptados en el mito olímpico de la creación, y le adjudicó el papel de dios supremo del mar, aunque nunca se olvidara su concepción primigenia de dios de los caballos y de los terremotos[6]. Su soberanía se extendía a las olas, islas, litorales, y a todas las aguas, con excepción de los ríos que tenían sus propias deidades[7]. Su majestad podía desencadenar la tempestad de los vientos y la tormenta en el mar, y con un golpe de su tridente, el dios hacía brotar manantiales, o agotaba sus caudales. Sus *ilustres moradas de oro resplandecientes e incorruptibles* (*Ilíada*, Canto XIII) fueron situadas por los mitógrafos en las profundidades de Eubea, aunque otras tradiciones las suponen frente a Lesbos o en la costa de Acaya. Al convertirse en dios del mar, sus antiguos caballos mudaron las crines por blancas *coronas de espuma*, y sus extremidades se adaptaron al medio acuático, a modo de enroscadas colas, pero continuaron siendo su cabalgadura predilecta en el mar.

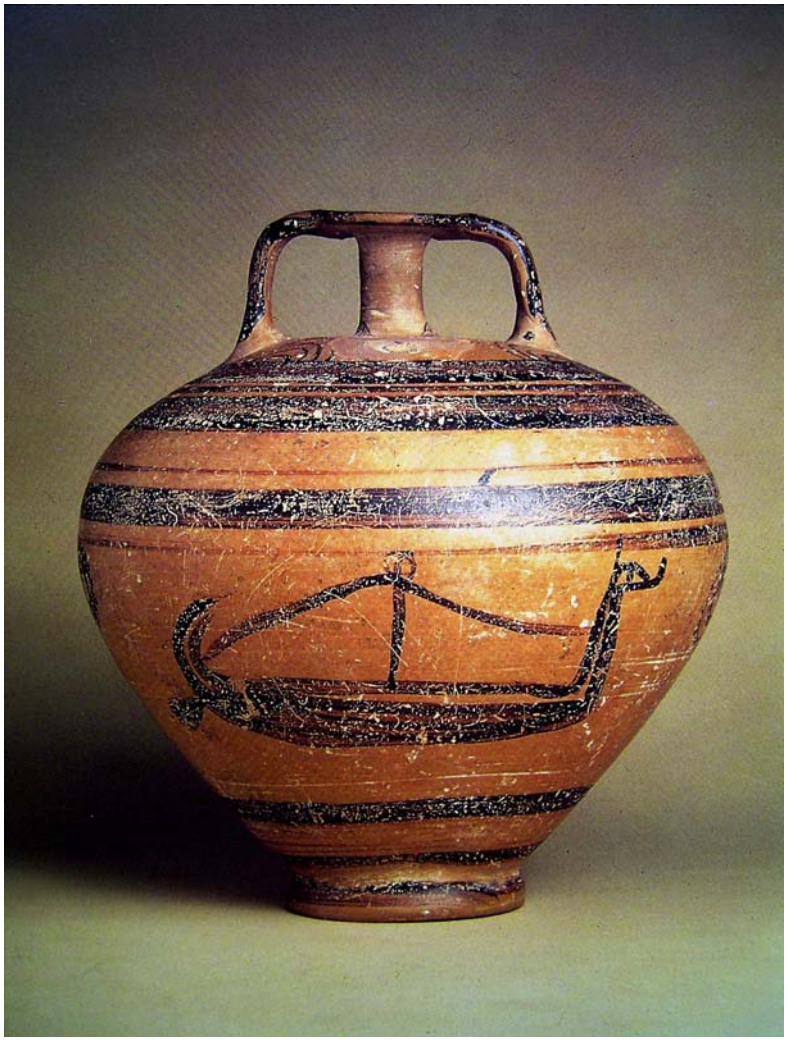

Fig. 4.- Jarra de Esciros. S. XII a.C.

El atributo iconográfico que identifica a Poseidón en las representaciones artísticas es el tridente y el animal que le estaba consagrado, el delfín, fiel compañero y amigo de los navegantes, y símbolo parlante de la calma marina. En los sacrificios que se celebraban para conseguir sus favores se inmolaban, preferentemente, toros, y su árbol sagrado era el pino, muy posiblemente por ser el material utilizado preferentemente en la construcción naval. Los jonios, expertos mareantes, le consideraban su dios nacional y tanto ellos como los atenienses habían dedicado al dios marino el tormentoso diciembre. Venerado por navegantes y mercaderes; las fiestas más famosas celebradas en su honor tenían lugar en Corinto, cuyo itsmo, como más adelante señalaremos, era el centro más importante de su culto.

Una de las facetas más significativas de su personalidad divina es su reiterada codicia por la posesión de reinos terrestres; en los litigios que dicha ambición engendraba, siempre salió mal parado el dios marino: disputó a Helio la ciudad de Corinto,

6 El himno homérico en honor de Poseidón hace referencia a esa doble naturaleza: *Oh, gran Poseidón que dominas la tierra y el mar incansable/Oh, dios marino que posees el Helicón y el vasto dominio del Egeo/ los dioses te han atribuido, trastornador de la tierra,/ el doble privilegio de ser domador de caballos y salvador de navíos.* Cfr. HOMERO, *Himnos*, París, 1967.

7 Los dioses-ríos son, según la *Teogonía* de Hesíodo (V.335 y ss.) hijos de Tetis y el Océano. Las artes plásticas forjaron una iconografía característica para estas divinidades: se les representaba como figuras masculinas y barbadas, recostadas sobre un cántaro manante del que brotaba el agua de su caudal. A menudo ostentaban una cornucopia alusiva a la fecundidad, y sus guedejas simulaban los juncos y plantas acuáticas propias del medio fluvial.

también quiso reinar en Egina que a la postre quedaría para Zeus; en Naxos lo vencería Dioniso, y en Delfos, Apolo. Las dos disputas más famosas fueron las que libró por la posesión de Atenas, con la diosa Atenea, y la que mantuvo con Hera, al pretender la tierra de la Argólida. No consiguió para sí ninguno de estos territorios, pero era el dueño y señor de una isla maravillosa, la Atlántida, que se extendía frente a las columnas de Hércules cuando se salía del Mediterráneo para entrar en el Océano, según nos transmite Platón en el *Timeo* y en los fragmentos que han llegado hasta nosotros del *Critias*[8]. Allí tenía un grandioso templo, y era el lugar de residencia de Clito, una doncella huérfana de la que el dios se había enamorado, y con la que había engendrado cinco parejas de gemelos. El mayor de todos ellos, llamado Atlante, era el custodio de la extraordinariamente rica isla.

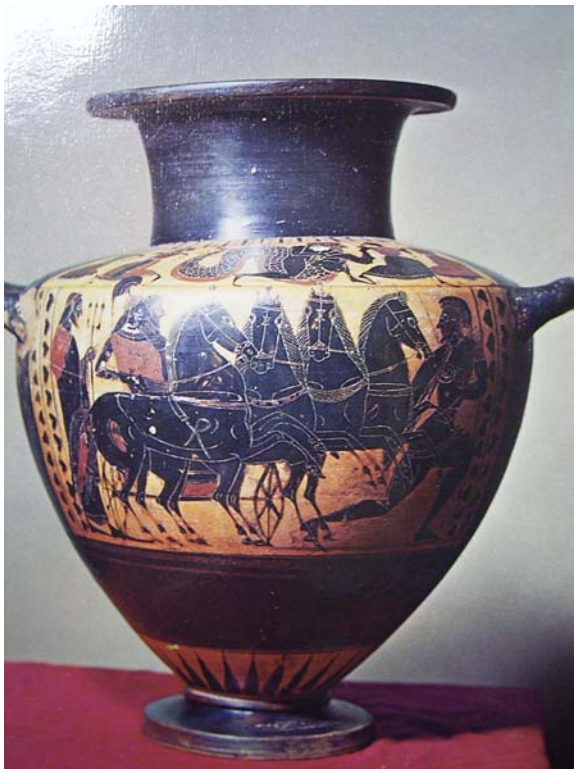

Fig. 5.- Poseidón presidiendo carreras de caballos.

Los mitógrafos atribuyen a Poseidón un cuantioso número de aventuras amorosas, casi todas fecundas, lo que alude, posiblemente, a su origen y condición de "Señor de la Tierra", a su potencia germinadora y carácter de dios fertilizante. Sus hijos son, como los de Ares, gigantes malvados y agresivos, en la mayoría de los casos. Demeter, Medusa, Amimone, Ifimedía, Afrodita, Quione, Alope, Tiro Cénide, Escila o Alcione son algunas de sus conquistas, aunque el papel de esposa le correspondió a Anfítrite, una de las cincuenta nereidas, que le daría tres hijos, Tritón, Rode y Benticísime.

Los aqueos, que eran los principales devotos de Poseidón, se habían convertido en un pueblo marinero, por lo que el atributo primitivo del dios, acaso un rayo como el de Zeus, se convertiría en un arpón de tres púas, un tridente, el arma de los pescadores de atún. Como dios de ese mar tan sentido y tan vivido en Grecia, Poseidón pasó a ser el dios tutelar de todas las profesiones y estamentos que tenían que ver con dicho mar: pescadores, navegantes, barqueros, comerciantes, etc. Y como dios que penetra tan profundamente en la vida e intereses de los pueblos marineros, su personalidad se perfila en multitud de mitos, pasando a ser el protagonista de no pocas leyendas, dada su actualidad religiosa, indiscutible en el mundo griego.

Los hombres que veneraban a Poseidón como su protector le elevaban sus preces antes de emprender una travesía, en términos sencillos y sinceros, como demuestran las inscripciones que han llegado hasta nosotros, los llamados *euploiai*, o deseos de "buena navegación" que rezan frases como *Danos un feliz viaje.* La inscripción era petición de buen augurio antes de la partida, protección durante la travesía, y obsequio para los poderes sobrenaturales, una vez finalizado el periplo[9]. También se ofrecían sacrificios en su honor después de un peligroso viaje, en señal de agradecimiento.

El culto de Poseidón se había iniciado en época micénica como demuestran las tablillas exhumadas en los archivos del palacio de Pilo; en la Grecia Arcaica, en torno al siglo VII a.C., ese culto sufrió una serie de transformaciones, pues fue en ese momento cuando la religión griega adquirió su forma definitiva fusionando, por un lado, los vestigios de la cultura mediterránea arcaica (recogida en

8 GRIMAL, P., *op. cit.*, p.62.

9 SANDBERG, N., "Euploia: études epigraphiques", Acda Universitatis Gotho burgensis, Göteborg, VIII, 1954.

parte por las formas religiosas del mundo cretomicénico) y por otro, las ideas religiosas de los pueblos que llegaron a Grecia en las distintas oleadas migratorias que tuvieron lugar hasta el año 1100 a.C. Con esta evolución del pensamiento, el culto de Poseidón alcanzó gran difusión y popularidad, especialmente entre los jonios y en las áreas que ofrecían mejores condiciones para la navegación.

Con sacrificios de animales negros, caballos, carneros, jabalíes, y, en ocasiones especiales, toros, los devotos del dios ganaban su favor y evitaban la furiosa ira de sus grandes olas. Cuando se botaba un barco, era práctica habitual el sacrificio de algún animal cornudo, con cuya sangre se rociaba la proa de la embarcación. Se hizo costumbre que la cabeza de la víctima fuera reproducida en madera tallada, de tal suerte que el barco se fue adornando, poco a poco, con una gran cantidad de cabezas de animales y otros símbolos, ojos principalmente, concebidos con función apotropaica.

Fig. 6.- Reconstrucción del frontón occidental del Partenón.

Una de las consecuencias más significativas de la institucionalización del culto en Grecia fue la creación de Juegos o competiciones deportivas de carácter religioso, de los que los Olímpicos (en honor de Zeus), los Píticos (para Apolo), los Ítsmicos (dedicados a Poseidón) y los Nemeos (también presididos por Zeus) revistieron, como es bien sabido, carácter panhelénico. Estas competiciones fueron manifestaciones bien expresivas del helenismo viviente, sentimiento que se alzaba por encima de todas las divisiones políticas, ya que cuando se anunciaban oficialmente comenzaba una tregua sagrada. El itsmo de Corinto, un lugar rodeado por el mar y muy propenso a las sacudidas sísmicas fue, como se ha señalado, el lugar en el que se celebraban los Juegos en honor de Poseidón que, desde el siglo VI a.C. acogería allí al héroe Palemón, salvado por un delfín del delirio de su madre, que se había arrojado al mar con el niño en brazos.[10]

De menor trascendencia que los juegos ítsmicos, aunque de gran importancia, en particular para los jonios, eran los festivales que se celebraban en Micala (ciudad sita en la costa occidental de Asia Menor, frente a Samos) porque allí se reunían, periódicamente, en honor de Poseidón y alrededor del bosque sagrado de esta divinidad, todos los habitantes del mundo jonio. El culto de Poseidón fue muy significativo en diversos lugares de la costa de Asia Menor como Tropión, Halicarnaso o

10 La leyenda nos transmite que Ino, hija de Cadmo y Harmonía y esposa de Atamante, fue enloquecida por la diosa Hera, que llevada por los celos consiguió que la desdichada se arrojara al mar con el cadáver de su hijo Melicerte en los brazos. Tan lamentable suceso provocó la piedad de las divinidades marinas, que acogieron a la madre y al niño y los transformaron en divinidades marinas, con los nuevos nombres de Leucotea y Palemón, para que desde entonces protegieran a los marinos y les guiaran en la tempestad Cfr. HOMERO, *Odisea*, V, 333 y ss., OVIDIO, *Metamorfosis*, IV, 539 y ss.

Patara, en las islas del mar Egeo (Delos, Corfú, Melos o Calauria) o en el continente, donde destaca el templo edificado en su honor en el promontorio de Sunion, en la punta meridional del ática, lugar donde la mar es frecuentemente agitada por tormentas. La perfecta armonía de la arquitectura de este templo con el paisaje que le circunda convierte a ese lugar en un paraje muy especial, en el que la fuerza de la Naturaleza puede percibirse como algo sobrenatural[11]. En, Ege (Eubea) Onquestos (Beocia) y Atenas (Ática) estuvieron emplazados, asimismo, santuarios importantes dedicados al poderoso y temido señor del mar. En Atenas su devoción debió de ser notable, ya que, según atestiguan los relieves del frontón occidental del Partenón (Fig. 6), el dios indoeuropeo compartió la tutela de la ciudad, tras la famosa disputa, con la diosa de origen asiático, aunque con la superioridad de Palas[12], y fue adorado en el recinto del Erecteo, lugar de la disputa, donde el dios había hecho brotar un manantial de agua salada con un golpe de su tridente.

Fig. 7.- Poseidón. Statera de plata de Posidonia.

En otras ocasiones, el culto queda patente en la erección de altares al aire libre en los que se celebrarían, principalmente, los sacrificios en honor del dios. De ellos destaca, el del cabo Monodendri (al sur de Mileto, en Asia Menor), a la orilla del mar, cuyos vestigios han permitido hacer una reconstrucción de su forma originaria.

El culto de Posidón estaría llamado a extenderse, también, hacia el Oeste. Cuando en el siglo VIII, los aqueos fundaron una de sus principales colonias en Italia meridional, la dedicaron a su antiguo dios, y le dieron el nombre de Posidonia (la ciudad de Poseidón), luego llamada Paestum por los romanos; fue en esta ciudad donde se establecieron tras derrotar a etruscos y cartagineses en la batalla de Alalía (530 a.C.), acuñando desde entonces, series de monedas cuyo emblema es la efigie de Poseidón blandiendo su tridente (Fig. 7). Parece bastante probable que el culto al dios fuera el preeminente en la ciudad, y que allí tuviera un gran templo, aunque la Arqueología, hoy por hoy, no ha demostrado su emplazamiento[13] (Fig. 8).

Fig. 8.- Templo Hera II o Poseidón en Paestum.

Algunos hallazgos epigráfico proporcionados por la Arqueología nos dan idea de la grandeza

11 El templo fue edificado en mármol local hacia el 440 a.C., sobre las ruinas de otro templo que había sido destruido por los persas en la batalla de Maratón (480). Sus columnas dóricas eran divisadas por los navegantes desde la lontananza, y anunciaban la sagrada tierra del ática.

12 La disputa de Poseidón y Atenea tuvo lugar, según las narraciones de los mitógrafos, en el recinto del Erecteo. Poseidón hizo brotar un manantial de agua salada y la diosa obró su prodigio haciendo surgir un olivo de la tierra. La contienda, juzgada por Cécrope y Cránao, a instancias de Zeus. Cfr. GRIMAL, P., *op. cit.*, p. 448.

13 Tradicionalmente el templo más grandioso del recinto se designaba como Templo de Hera II o de Poseidón, aunque las últimas investigaciones han demostrado que fuera la diosa Hera la titular del edificio.

que revestía el culto de Poseidón en la Grecia antigua; nos referimos a unas inscripciones que aparecieron en el siglo XIX en la isla de Rodas, al sureste de Mallona, y que contenían una lista con los nombres de los sacerdotes encargados del mantenimiento de un templo dedicado en honor de Poseidón *hippios* (Poseidón caballo) que, a juzgar por los restos de las dimensiones de las columnas, sería de proporciones más bien reducidas. Como prolongación de este culto que nos ocupa, en el siglo II a.C., hemos seguido la pista de un caso interesante a señalar: se trata de una congregación de comerciantes y navegantes de Berytus (ciudad fenicia situada en la costa oriental del mediterráneo, entre Biblos y Sidón) acogidos al patronazgo de Poseidón de su villa originaria, un Poseidón fenicio, y que habían creado un recinto en Delos para sede de su cofradía. Este colectivo se había intitulado como "los poseidoniastas de Berytus" y en el espacio que les sirvió de sede social, erigieron un santuario con cuatro *cellae*, la principal dedicada a Poseidón[14].

A todo lo expuesto, y en relación con la religiosidad popular de la marinería, habría que añadir que la práctica del exvoto está atestiguada en la Antigüedad, tanto por las fuentes escritas como por la Arqueología; esta práctica específica nos informa acerca de los fenómenos de índole religiosa en los medios marítimos, y pone de relieve un hecho que sirvió, en todos los casos, de punto de partida: la mar, para todos los navegantes antiguos era un cordial o implacable enemigo cuyo dorso debía recorrerse sin desafiar su ira para merecer una bonancible travesía. Por esta razón, los lazos que unían el mundo de la navegación y el universo de las fuerzas divinas se hicieron especialmente complejos. Todas las culturas mediterráneas nos han legado modelos de pequeños barcos que respondían a la creencia de la "navegación mística", esto es, la idea de que el alma del difunto navegaba hacia los dioses en un barco. Aunque estos modelos de barcos no son exvotos propiamente dichos, pues estaban dedicados a un difunto (marino o pirata, muchas veces) y no a una divinidad, están cercanos a la idea del exvoto.

Son muy abundantes las prácticas religiosas que los marinos del Mediterráneo antiguo utilizaron para procurarse la gracia de los dioses; una de las más difundidas fue la de colocar una moneda en el mástil de la embarcación, lo cual podría interpretarse como un testimonio de la creencia de que la moneda actuaría como elemento garante de la buena suerte; también se depositaron monedas votivas en la quilla del barco. En ambos casos, la intención podría obedecer a razones de carácter conmemorativo o propiciatorio. Con dichas prácticas se recordaría la fecha de la construcción o bote del navío, y también se le protegería ante tempestades o naufragios, se aseguraría una navegación benéfica, o se favorecería la buena pesca. Algunos autores han señalado que el ejercicio de esta costumbre pudo tener su origen en la necesidad, ya que se pensaba que los marinos muertos en los naufragios pagarían con ella la obligada tarifa a Caronte, el pasaje de la Estigia, uso comparable al depósito de la moneda en la boca de los muertos, aunque parece más lógico pensar que fuera un acto conmemorativo o propiciatorio, semejante al que se efectuaba, habitualmente, en las edificaciones terrestres de monumentos públicos y privados.

Los muros y las mansiones de Delos poseen incisiones, *graffiti*, que representan navíos de los más diversos tipos (de guerra, comercio o pesca, e incluso, barcos del Nilo), documentos de gran ambigüedad cronológica, acaso dirigidos al dios Apolo, protector de la navegación en su "isla-navío". Otras divinidades marinas fueron adoradas en Delos: Brizo, Poseidón, Anfítrite, Glauco y las nereidas.

Las excavaciones arqueológicas han exhumado diferentes modelos de barcos que fueron depositados, con mucha frecuencia, en los santuarios, a guisa de exvotos. El profesor Mollat[15] ha definido una categoría particular de exvoto, para referirse a las piezas que conmemoran un gran acontecimiento, y los ha agrupado, debidamente, como exvotos de acción de gracias. A este tipo corresponde la colosal "Victoria de Samotracia" (Museo del Louvre), ofrenda realizada por una

14 PICARD, CH., *L´Establissement des Poseidoniastes de Berytos (Delos)*, París, 1922.

15 MOLLAT, M., "Les exvoto maritimes", *Bulletin de la société archéologique du Finistère*, 51, 1973, pp. 363.373.

colectividad al santuario de los Cabiros[16], en Samotracia. La obra fue encargada y dedicada para conmemorar un acontecimiento histórico de gran relevancia, acaso por los habitantes de Rodas para dar gracias por su victoria frente a Antíoco III de Siria. Con su magistral chitón humedecido por la brisa marina, y a punto de posar sus plantas en la embarcación, esta excelsa creación del barroco helenístico rodio, constituye el modelo para los mascarones de proa utilizados por los barcos de todos los tiempos.

Fig. 9.- Poseidón procedente del cabo Sunion.

Además, la Antigüedad conoció el uso de navíos verdaderos como exvotos. Herodóto reseña que en el siglo VI a.C., los eginetas aliados a los cretenses, combatieron a la flota samia y que tomaron las proas de los navíos prisioneros para consagrarlas en el templo de Atenea en Egina (Herodóto, III, 59). La misma historia relata que después de su victoria sobre los persas en Salamina *los griegos extrajeron para los dioses las primicias de sus botines, entre otros tres trirremes fenicios que consagraron uno en el Itsmo, otro en Cabo Sunion y el tercero, por Ajax, en la misma Salamina* (Herodóto, VIII, 121) (Figs. 9 y 10). El santuario dedicado a Poseidón en el itsmo de Corinto conservó un exvoto muy venerado, el mítico navío Argo, obra de Dédalo, que había servido como instrumento para la conquista del toison de oro; una leyenda local cuenta que el Argo obtuvo una victoria en una regata, después de que su dueño, Jasón, le hubiera retirado del mar para consagrarlo a Poseidón.

Además del conocimiento de los lugares donde el dios del mar era venerado y de las prácticas religioso-simbólicas destinadas a aplacar su furia, el medio por el cual podemos hacernos una idea más aproximada de lo que el mar significó en la realidad religiosa de los tiempos antiguos es, indiscutiblemente, el estudio de las obras de arte. Los artistas griegos dieron forma humana a la personalidad divina, poniéndola al alcance del hombre, y uniendo así el universo humano con el divino a través de la antropomorfización del *deus*. La efigie del dios del mar fue imagen conocida y atrayente para los artistas, que lo representaron de mil formas diversas: en solitario, en compañía de otros iguales asistiendo a *concilia deorum* (Fig. 11), cabalgando sobres sus corceles marinos, desatando la furia de los vientos o persiguiendo a diosas y mortales con sus requerimientos amorosos (Fig. 12).

Pero la grandeza del mar es tan extraordinaria, y su fuerza tan ilimitada, que ni siquiera un dios tan poderoso como Poseidón fue capaz de expresar, por sí sólo, tanta potencia. Los griegos, progenitores de mitos, tuvieron que "inventar" otros dioses, servidores y comparsas de Poseidón en muchos casos, para materializar en ellos lo versátil y lo grandioso del elemento marino, para expresar, con palabras y con imágenes, la multiplicidad de fenómenos que se esconden en ese inmenso lago que es el Mediterráneo. Algunos de estos dioses menores como Nereo, Proteo, Tritón,

16 Los Cabiros fueron unas divinidades misteriosas de la isla de Samotracia que, desde el final de la época clásica, aparecen como protectores de la navegación, con atribuciones semejantes a las de los Dioscuros, pareja con la que tienen bastantes afinidades.

o Glauco, todos ellos expertos en el arte de la metamorfosis y dotados de poderes oraculares, fueron, probablemente, daimones prehelénicos sometidos a la potestad del dios aqueo.

Otros seres relacionados con la mitología marina, especialmente las diosas, como Afrodita, o las nereidas, asumieron en los relatos fabulosos el papel simbólico que muestra el lado femenino del mar (o la mar, si se prefiere): la belleza, la amabilidad, la delicadeza, la gracia o la misma fecundidad en la que la vida puede ser engendrada. Afrodita Urania, esa hija del cielo que había nacido en el seno de la espuma del mar, fue una divinidad dispensadora de abundancia y fertilidad, una diosa marinera (Afrodita Pontia, del mar) que favorecía la navegación feliz (Afrodita Euploia)[17].

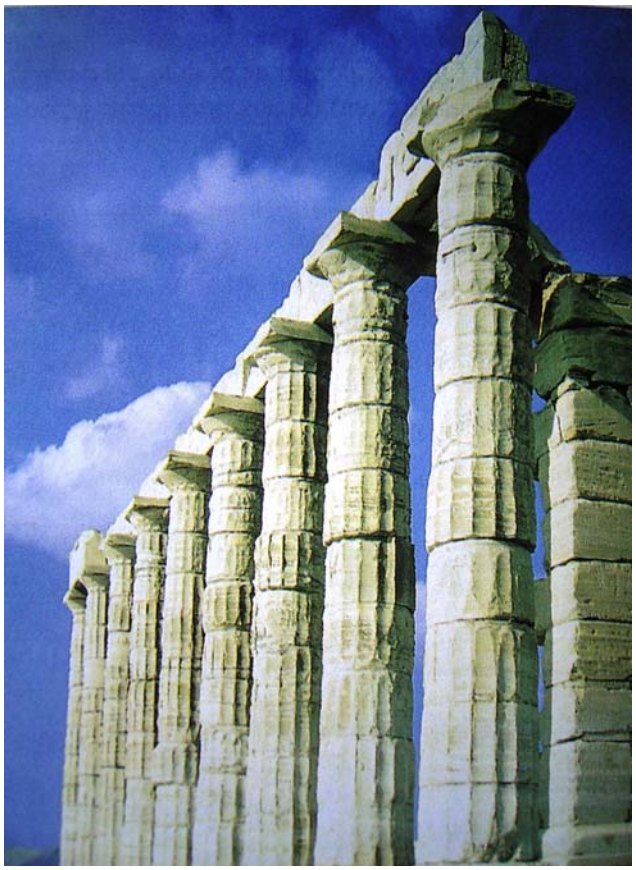

Fig. 10.- Templo de Poseidón en Sunion.

Fig. 11.- Poseidon y Apolo. Friso del Partenón.

Las hijas de Doris y Nereo, las nereidas (Fig. 13), son, según diversas versiones, cincuenta o cien jóvenes maravillosas, las princesas del Mediterráneo, cuyos expresivos nombres evocan quizás los diversos aspectos que definen el mar: salado, blanco, triste, hermoso, amable, rápido, etc., aunque algunas interpretaciones quieran descubrir en ellas la personificación de las innumerables olas del mar[18] (Fig. 14). Las más celebradas son Anfítrite, la esposa de Poseidón y reina del mar, Tetis, la madre de Aquiles, y la blanca Galatea, cuya belleza inflamó el corazón del monstruoso Polifemo, hijo de Poseidón y la ninfa Toosa. En las representaciones artísticas, las nereidas son bellas muchachas que, por lo general encarnan papeles secundarios: acompañan a Tetis a buscar las armas de Aquiles a la morada de Hefaisto, o lloran junto a su hermana la muerte del héroe.

17 Esta acepción de Afrodita como divinidad marina está cercana a la que tuvieron otras grandes diosas del Mediterráneo antiguo, como Isis Pelagia, Astarté o Tanit.

18 GRIMAL, P., *op. cit.,* 1984.

En época tardía la presencia de las nereidas se hizo más habitual en el arte, acaso en relación con una interpretación filosófica muy interesante, surgida en el mundo helenístico, que hace de las nereidas imágenes relacionadas con la ascensión o liberación espiritual[19] (Fig. 15). Siendo la muerte considerada entonces como el paso del alma por un elemento menos rígido, tanto las nereidas como otros seres marinos habrían de convertirse en el símbolo del tránsito del alma al otro mundo, imágenes ascéticas asociadas con frecuencia a monumentos funerarios, como ejemplifica el famoso

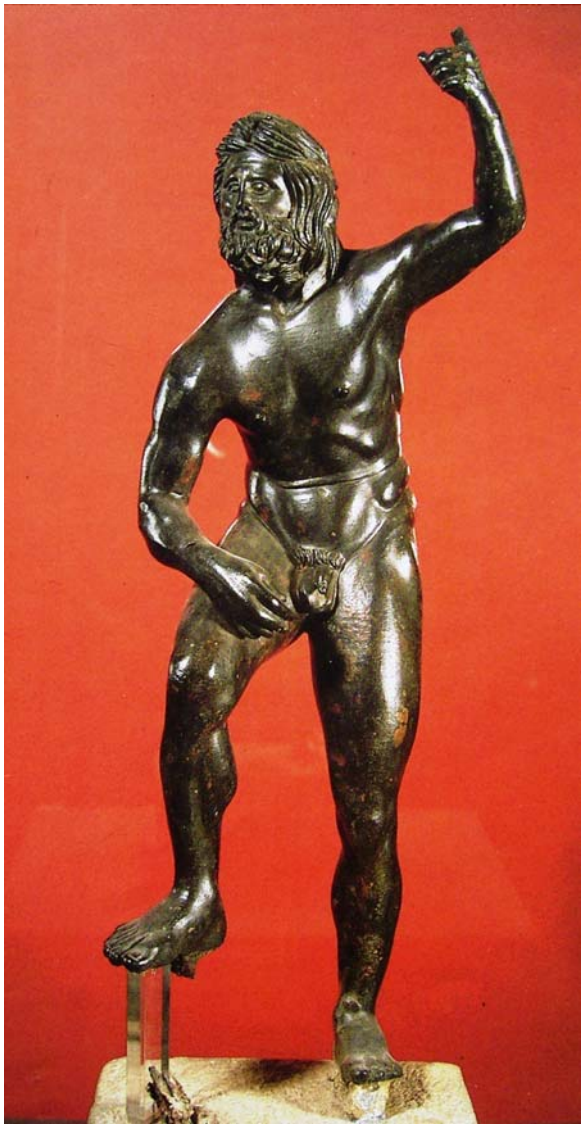

Fig. 12.- Poseidón de Pella.

Fig. 13.- Nereida del monumento de las nereidas de Xantos.

monumento de las nereidas de Xantos[20]. El mar y sus criaturas, relacionadas con el reino de ultratumba, actúa como elemento catártico o de purificación del alma del difunto en su viaje al más allá, a ese lugar que los antiguos llamaban las Islas de los Bienaventurados[21].

19 Cfr. CLARK., K., *El desnudo,* Madrid, 1981, p.263.

20 Después del monumento de Xantos, muchas obras de arte ratifican esta relación de las nereidas y otras criaturas marinas con el más allá, siendo los sarcófagos romanos el soporte artístico más significativo al respecto. Cfr. RUMPF, A., *Die meerwese°n auf der antiken sarkophagreliefs,* Roma, 1969.

21 La creencia más común sitúa a las almas de los muertos sujetas para siempre en el reino de Hades y Perséfone, sin esperanza de retorno, donde llevan una vida vacía y sin algazara, a modo de pálido relejo de la existencia que antes vivieron. Sin embargo, desde tiempos muy tempranos se pensó también en la recompensa póstuma de la virtud y la falta, y el Tártaro quedó reservado a los criminales legendarios, mientras que las Islas de los Bienaventurados, originariamente un paraíso de los minoicos, abrieron sus puertas a las almas que supieron conservar la virtud

Sin embargo, esta orilla benévola y hermosa del mar, tuvo su antítesis en otras criaturas femeninas, de naturaleza híbrida o monstruosa, que sirvieron como símbolos parlantes para expresar los peligros que se esconden las profundidades, esas desconocidas en las que el hombre resulta ser un pelele mecido entre el oleaje de su capricho. De dichas criaturas son las sirenas las que más popularidad tuvieron, tanto en la Antigüedad como en la Edad Media, acaso por su importante cometido en la leyenda del arriesgado Ulises. Las tradiciones narran que estas crueles criaturas, mitad mujer y mitad pájaro, atraían, con la dulzura de sus cantos, a los hombres que surcaban los parajes próximos a la isla que ellas habitaban, frente a Sorrento, en la Italia meridional, haciéndoles perecer.

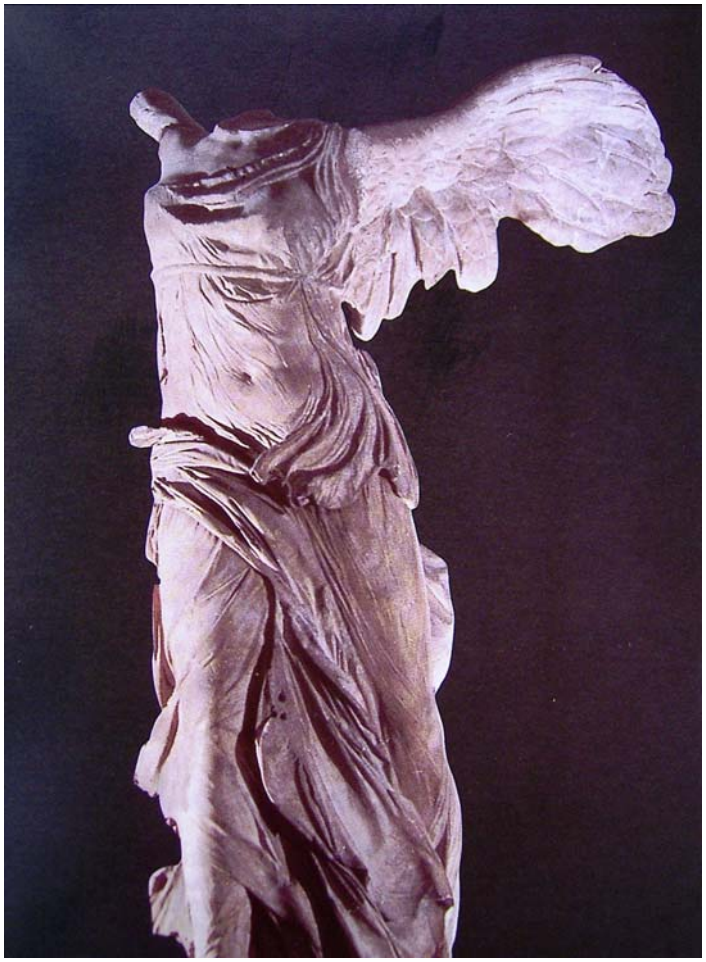

Fig. 14.- Victoria de Samotracia.

Algunas interpretaciones sugieren que la fábula de las sirenas está basada en el hecho de que cerca de Capri o Sorrento se oía cierto ruido armonioso en el mar, causado por el oleaje al entrechocar con las rocas, que atraía a los navegantes y les hacía naufragar. Sin embargo, la interpretación más difundida desde la Antigüedad fue la estoica, según la cual, las sirenas eran consideradas como símbolos de la atracción sexual, la voluptuosidad y el vicio de la carne. Según esta interpretación, la música de las sirenas es un son pecaminoso que seduce los sentidos y estimula las pasiones humanas, una melodía similar a las falsas doctrinas o a las opiniones infundadas, para las que ya los latinos tuvieron un célebre proverbio: *tápate los oídos con cera.*

Escila es, según el relato de la Odisea, un monstruo marino emboscado en el Estrecho de Mesina: *es un monstruo extraordinario y nadie se alegra de haberla visto, ni siquiera un dios. Tiene doce pies deformes y seis cuellos largos salen de su tronco, y a cada cuello va unida una cabeza horrible, y en cada boca, llena de la negra muerte, hay una triple fila de dientes numerosos y apretados. Está sumergida en la abierta caverna hasta los riñones, pero saca hacia fuera su cabeza, y mirando alrededor del escollo, caza delfines, perro marinos y cuantos horribles monstruos quiere coger de los que cría la gimiente Anfítrite... Escila no es mortal, sino un monstruo cruel, terrible y salvaje, que no puede ser combatido. Ningún valor podría triunfar sobre ella...* (*Odisea*, Canto XII). Escila es pues, un rompiente que tiene la forma de mujer rodeada de perros y las olas que lo baten parecen romperse con sonido similar al aullido de las bestias.

El otro peligro con el que Ulises tuvo que enfrentarse en su travesía marítima fue Caribdis, hija de la Tierra y de Poseidón, la personificación de una peligrosa corriente o remolino acuático que existía a la distancia de un tiro de arco con respecto a Escila. Tres veces al día Caribdis absorbía grandes cantidades de agua de mar, tragándose cuanto flotaba, incluso los barcos; luego devolvía el agua absorbida (*Odisea*, Canto XII). Tanto Escila como Caribdis son la personificación de peligros

durante el transcurso de tres existencias mortales. Cfr. *Historia de las religiones. Siglo veintiuno. Vol. 2. Las Religiones antiguas. II* (Henri-Charles PUECH, dir.), Madrid, 1983, p. 277 y ss.

geográficos con los que el navegante se enfrentaba cada vez que tenía que atravesar el estrecho de Mesina, una costa abrupta y peligrosa.

Otros monstruos poblaron el universo mítico de las profundidades marinas, criaturas surgidas en la oscuridad de las frías y desconocidas aguas que, como Ceto, hija de Ponto y de la Tierra, pasaría a

Fig. 15.- Nereida sobre caballo marino del ara de Domicio Ahenobarbo.

convertirse en el monstruo marino por antonomasia, aquel que Poseidón enviaba cuando quería vengar su ira. Desposada con su hermano Forcis , Ceto engendró a las Grayas, "las viejas", habitantes del occidente extremo, el reino de la oscuridad que no conoce el sol, y a las Gorgonas cuya mirada era capaz de petrificar. Estos horripilantes engendros, temidos por dioses y mortales, fueron, en la Grecia clásica imágenes para afirmar el sentimiento terrorífico del hombre ante lo desconocido, es decir, el límite observado de la Tierra. Sin embargo, el arte del período clásico, mesurado y modélico en la perfección de sus formas, supo concebir estos monstruos desde la belleza misma, suavizando el terror de sus rasgos que, tiempo atrás, habían transmitido los relatos literario y convirtiendo sus imágenes en elocuentes testimonios de esa aversión por lo feo o lo monstruoso.

Son muchas las leyendas y muchos los episodios míticos que tienen por escenario el mar y por protagonistas a sus criaturas, reales y quiméricas, antropomorfas o curiosos híbridos de apariencia más o menos monstruosa. Con ellas, y con las imágenes artísticas de ellas surgidas, la fantasía del hombre griego de la época clásica expresaba el poder del elemento marino, adorado, como hemos podido comprobar, desde el plano de la religiosidad oficial y popular. Dichos mitos tratan de explicar todas las contradicciones que se esconden en el mar, la vida y la muerte. El elemento marino fue, pues, esencia misma de la vida del hombre griego, marinero y marino por antonomasia como lo fuera el Ulises de los relatos literarios, y es por ello que el mar fue determinante de las señas de la identidad cultural griega (Fig. 16).

Fig. 16.- Atardecer en el Mediterráneo.